

Teorema no geométrico de la pintura de Walter Iraheta



LUIS SALAZAR RETANA



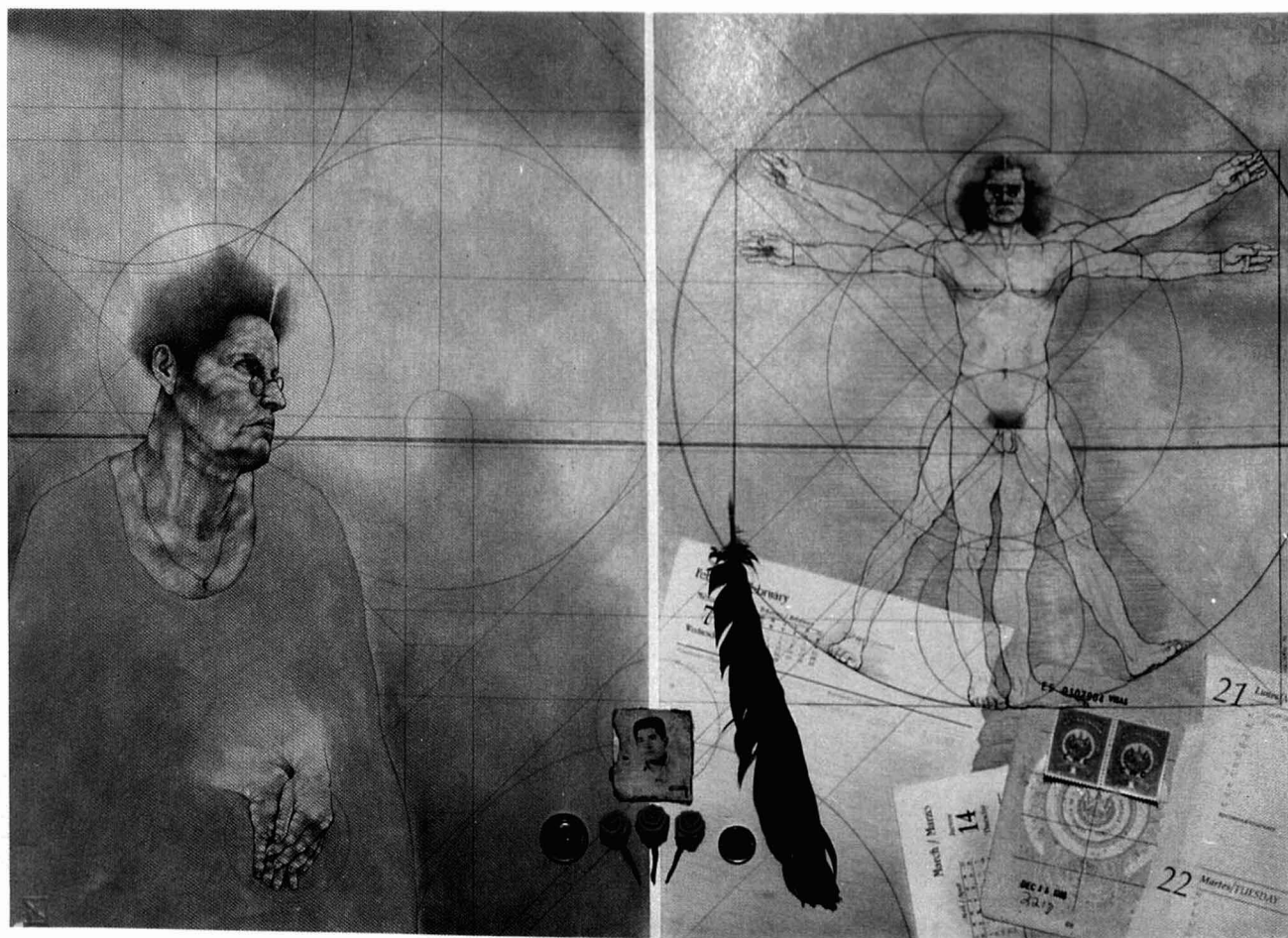
Tocado bermellón, 1997, óleo/cartón, 56 x 54 cm

Si vamos a tratar de encontrar una relación de efectos y causas, pensamientos-arte, geometría-técnica, en Walter Iraheta, no es extraño que tengamos que incursionar primero en una lectura orientadora de Freud, Jung o cualquier otro pensador que haya buceado profundamente en el alma humana. El mundo de Iraheta es su complejo, pasado y personal mundo pero también su subterráneo profundo Universo. Un universo poblado de personajes que surgen y toman su pincel, sus lápices y lo guían continuamente a realizar formas, recuerdos, rostros y estructuras que proceden de los más íntimos rincones de su mente. No sé por qué, a veces tengo la impresión de que las pinturas guían a Walter en lugar de ser lo contrario: en vez de vivir su pintura la pintura lo vive a él.

Un afán de perfección técnica lo impulsa a combinar de manera obsesiva el frío y complejo mundo de la geometría con el etéreo mundo de los recuerdos y los sentimientos familiares, maternos en primera instancia, que forman una urdimbre en la que los personajes quedan atados a una telaraña que los clava —los atrapa habría que decir, pero en este universo nada es seguro— literalmente en el espacio pictórico.

Un poco menos obvio pero presente, es el amor; amor por la humanidad, por los niños, nacidos todos de una misma madre. Ahí llegamos a una severa conclusión, a un efecto. Eva, su Eva subconsciente, su madre, es la madre de todas sus criaturas. Criaturas de líneas firmes, seguras, dibujadas con precisión quirúrgica, y observadas con el lente del relojero que quiere extraer de sus actitudes el secreto de sus propias existencias enmarcadas en espacios cartesianos de compleja y sutil composición; una geometría ligera, diáfanos, que casi está dibujada con tenues líneas de aires coloreados, divide y configura los laberínticos espacios que la rígida vibración de la línea matemática define sobre la superficie.

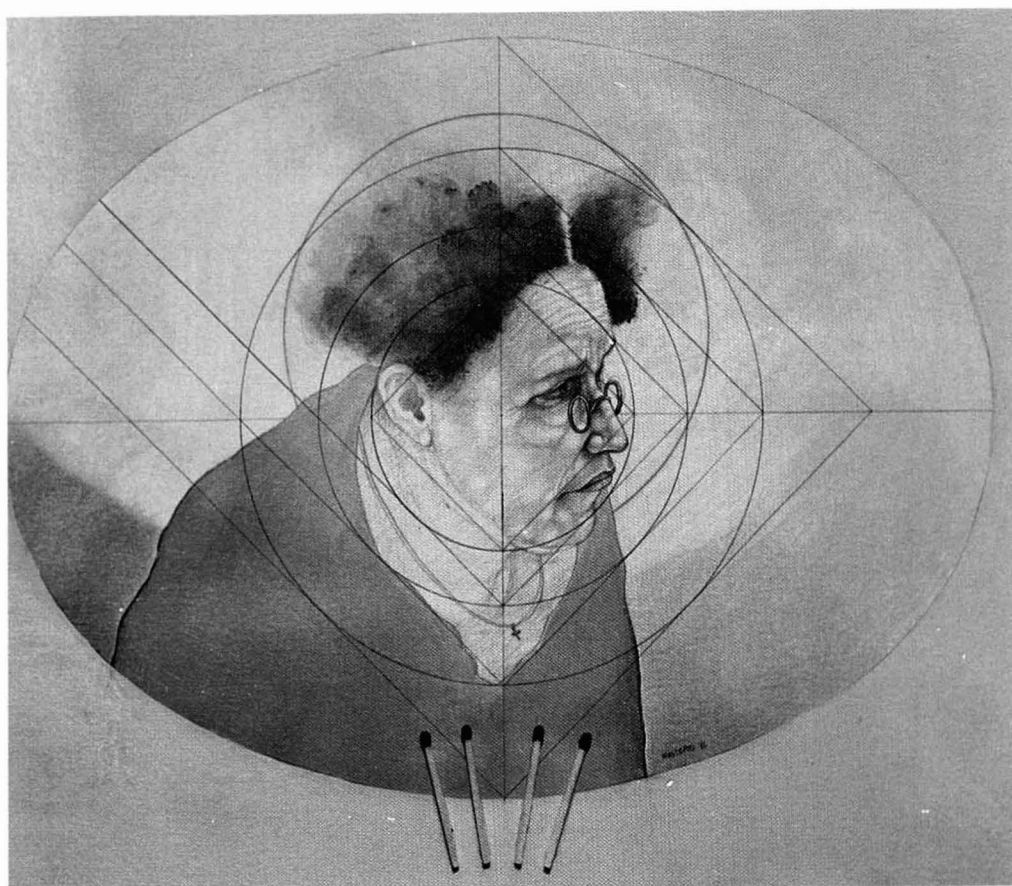
*Homenaje a un
padre que se fue,
1996,
óleo, lápiz y
collage/papel
56 x 70 cm*



Reconstrucción
lineal del
daguerrotipo
de Remedios
la Bella,
1996,
óleo y collage/
papel,
35 x 42 cm



El centro siempre
es el mismo I,
1996,
óleo, grafito
y collage/papel,
35 x 42 cm



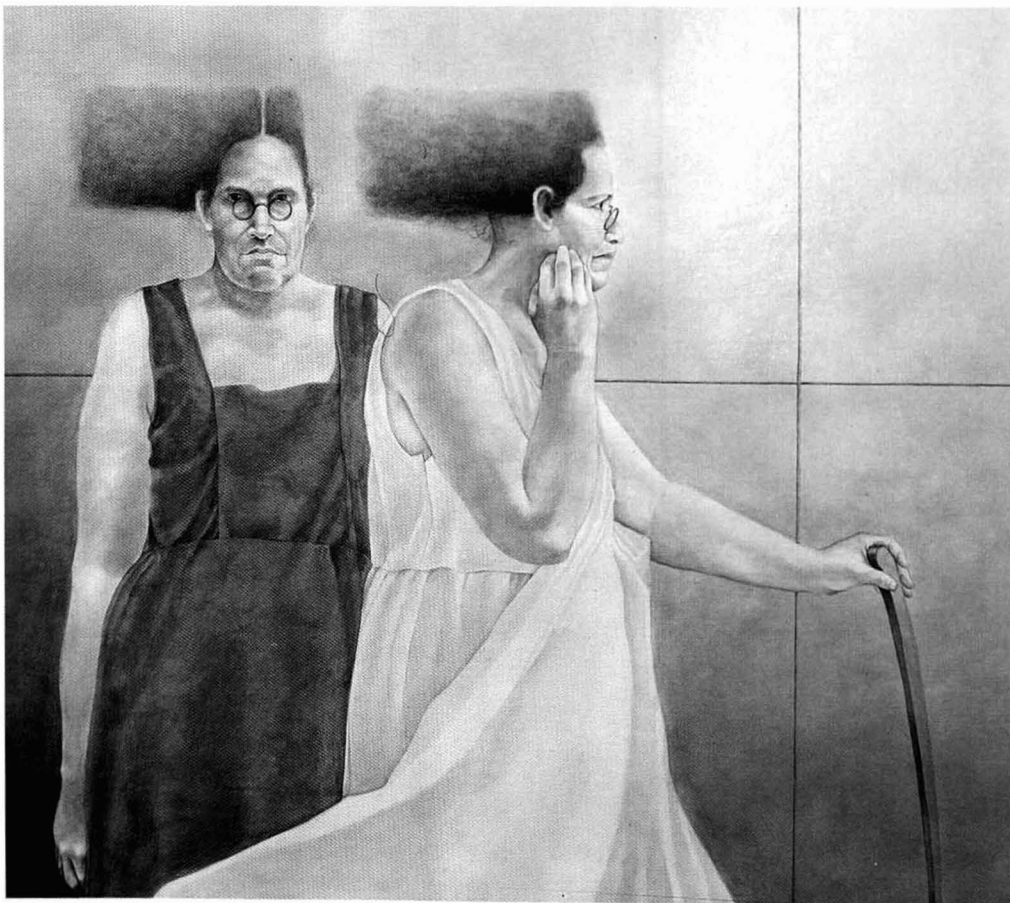
Tan sutiles son, que el color es un elemento secundario. No hay que olvidar que Walter Iraheta es un gran dibujante, y que el color sólo sirve para sustentar, de alguna manera paradójica, los personajes en el espacio y evitar que escapen por los bordes. Son telarañas o hilos de marionetas; manejadas por demiurgos, las hacen tomar actitudes o expresiones ajenas a ellas; se asumen como expresiones que escapan desde los oscuros rincones del alma del artista, de donde salen serias y acuciosas, a escudriñar los rostros impávidos que las contemplan desde esta dimensión exterior al cuadro.

En el conjunto, sobre todo en sus más recientes obras, pedazos tangibles del pasado se integran de manera perturbadora en sus cuadros: antiguas monedas, sellos postales, viejos retratos que tratan de reforzar en el espectador la idea de que el pasado es la sustancia básica de nuestros sueños, el patrón que guía nuestros sentimientos, nuestras más secretas angustias, lugar donde reside una parte del secreto para comprendernos o, por lo menos, para hacer el intento de adentrarnos en nuestras profundas aprehensiones.



Desde lejos,
1996,
acrílico/tela,
122 x 135 cm

Eduardo Fuentes (et)



*Las 2 naturalezas
de la Sra.
Buonarroti,*
1996,
acrílico/tela,
122 x 135 cm



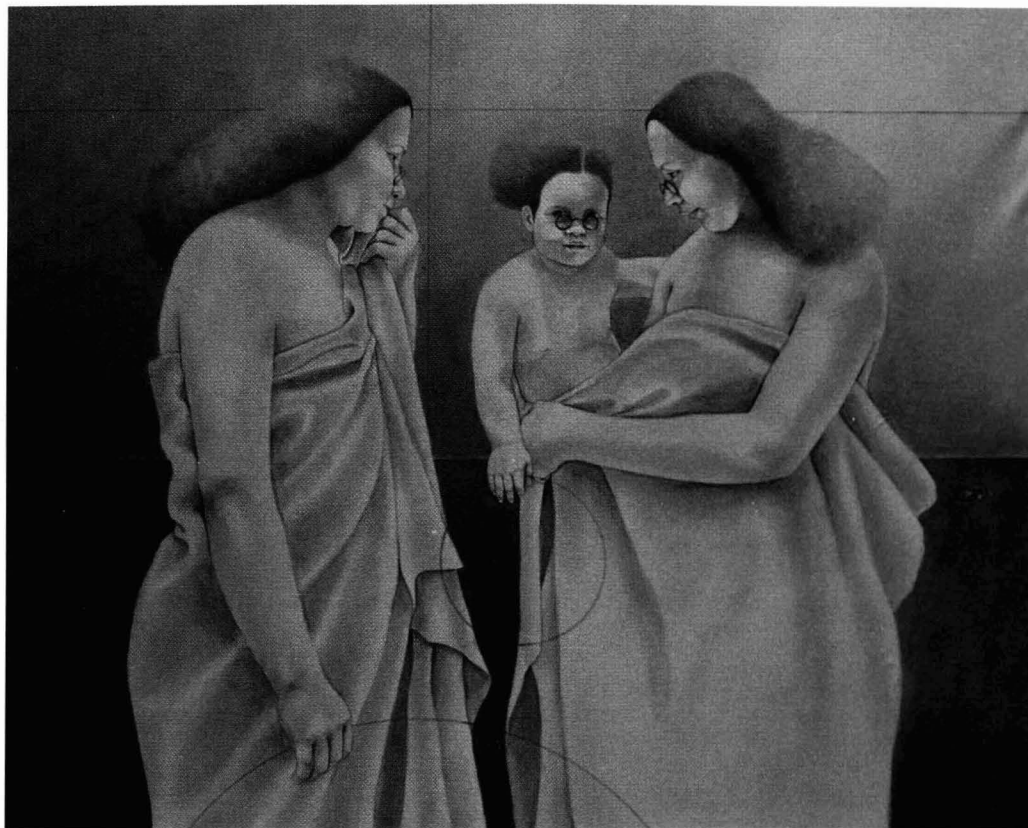
*Conversación sobre
un tema abstracto,
1996,
grafito y collage/
papel,
56 x 63 cm*



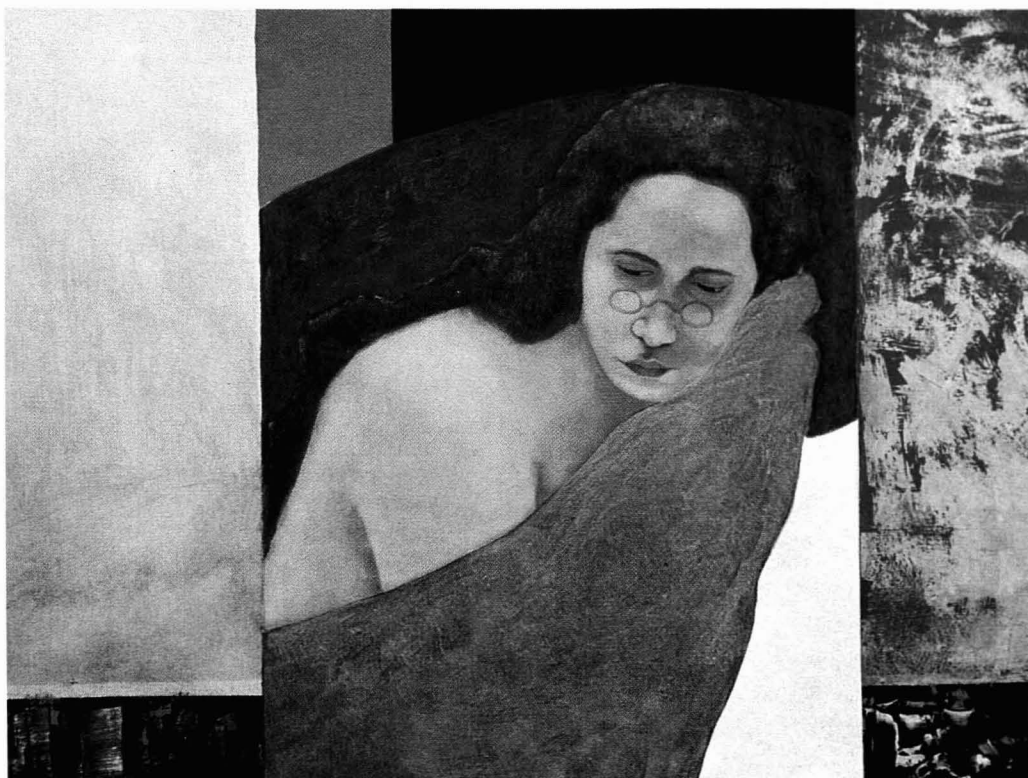
*Daguerrotipo
con medalla
de Guadalupe,
1996,
óleo, grafito
y collage/papel,
35 x 42 cm*

En ocasiones los fósforos, los cerillos nos recuerdan la brevedad y fragilidad de la existencia y aquí, creo, se detectan esas relaciones paradójicas de su obra: una geometría rotunda, enlazada con la levedad amorosa o pensativa de sus personajes.

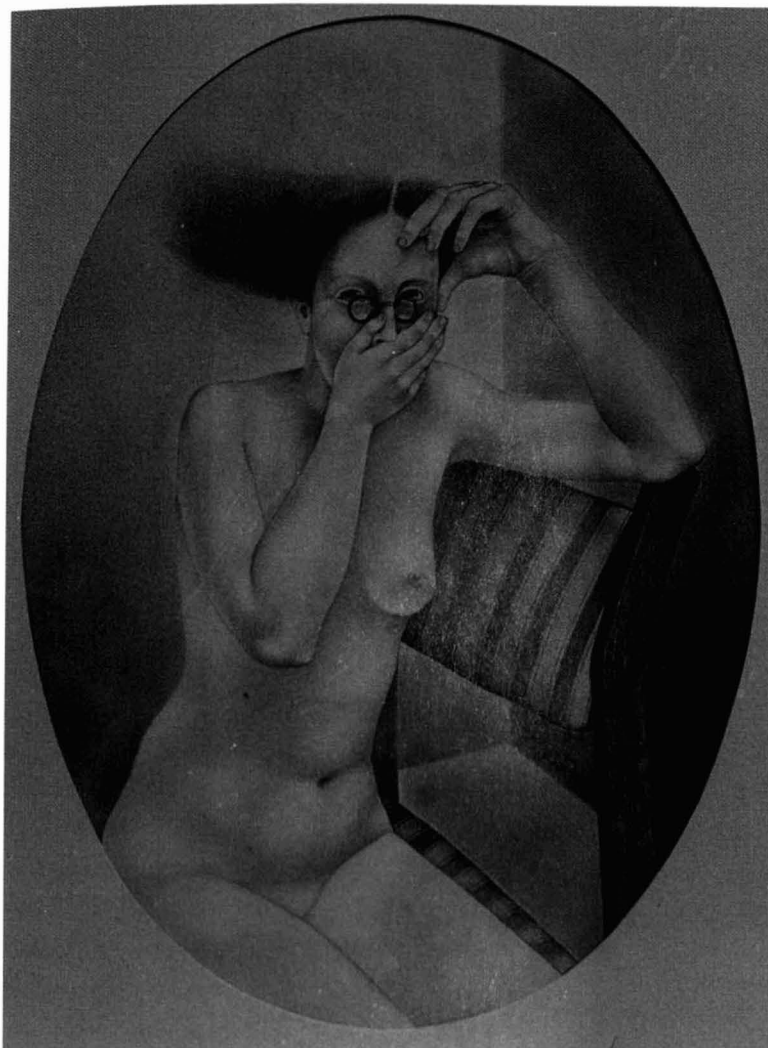
El dibujo clásico es una presencia continua en su obra, Miguel Ángel es en alguna medida su guía; hay una especie de esculturización en su dibujo que muestra sombras enga-



Maternidad II,
1996,
acrílico/tela,
122 x 144 cm



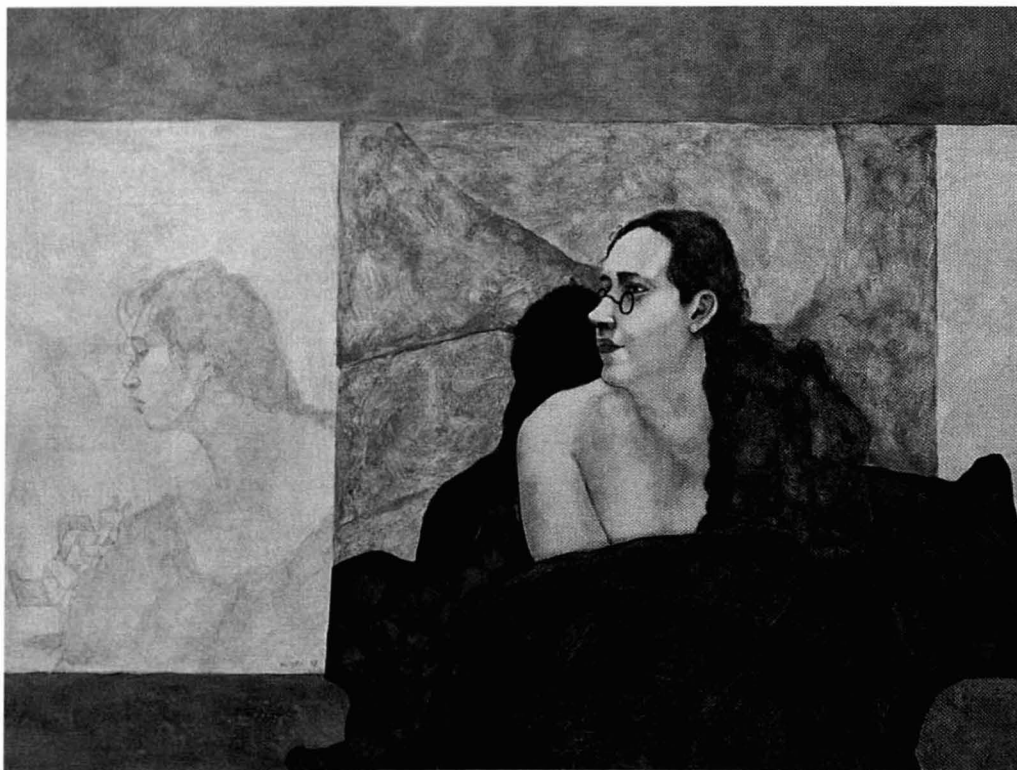
En la alcoba,
1997,
óleo/cartón,
42 x 56 cm



ñosas y no sabemos si ha copiado el modelo de la vida o del mármol, paralelismo que se refleja en las actitudes de sus personajes: no parecen amar, ni odiar, ni ver a nadie; observan simplemente y nos exigen una interpretación de su mundo observado por ellos pero no por nosotros: en la obra de Walter existe un enigma. Tal es el caso de *Homenaje a un padre que se fue*. Aquí lo ambiguo es evidente, lo enigmático es hiriente, sugestivo: ¿el padre ido es Leonardo?, ¿es el que se encuentra en la vieja foto? Nadie lo sabe, pero la madre está ahí.

Le gusta rendir homenaje a sus maestros. Es una sana actitud y, además del ya mencionado Miguel Ángel, Leonardo, Escher y Klimt aparecen ahora en su obra pero en un contexto tan apropiado que logra incorporarlos, someterlos a las exigencias artísticas propias y enriquecer así su propio mundo artístico. *Conversación sobre un tema abstracto o desdibujar* es un tema místico. La madre adquiere características de santidad; por ello rechaza, le da la espalda al desnudo decimonónico, de la misma manera que Walter rechaza lo abstracto, el tachismo, la indeterminación de la madeja lineal, que

*Daguerrotipo
antes del amor,*
1996,
grafito/papel,
49 x 42 cm

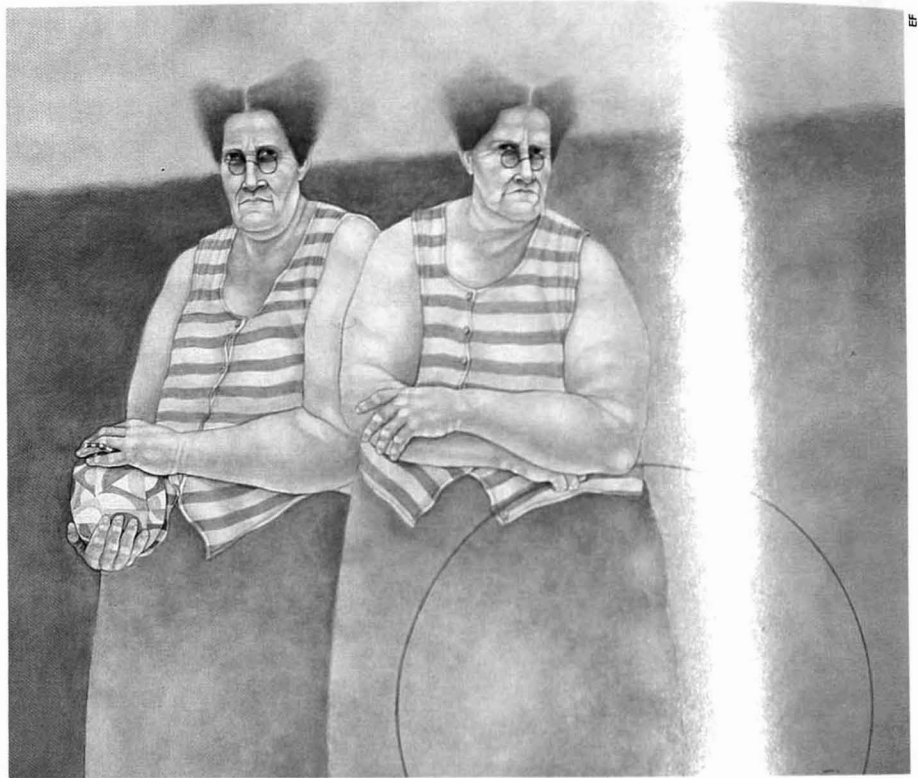


Reflejo,
1997,
óleo/cartón,
42 x 56 cm

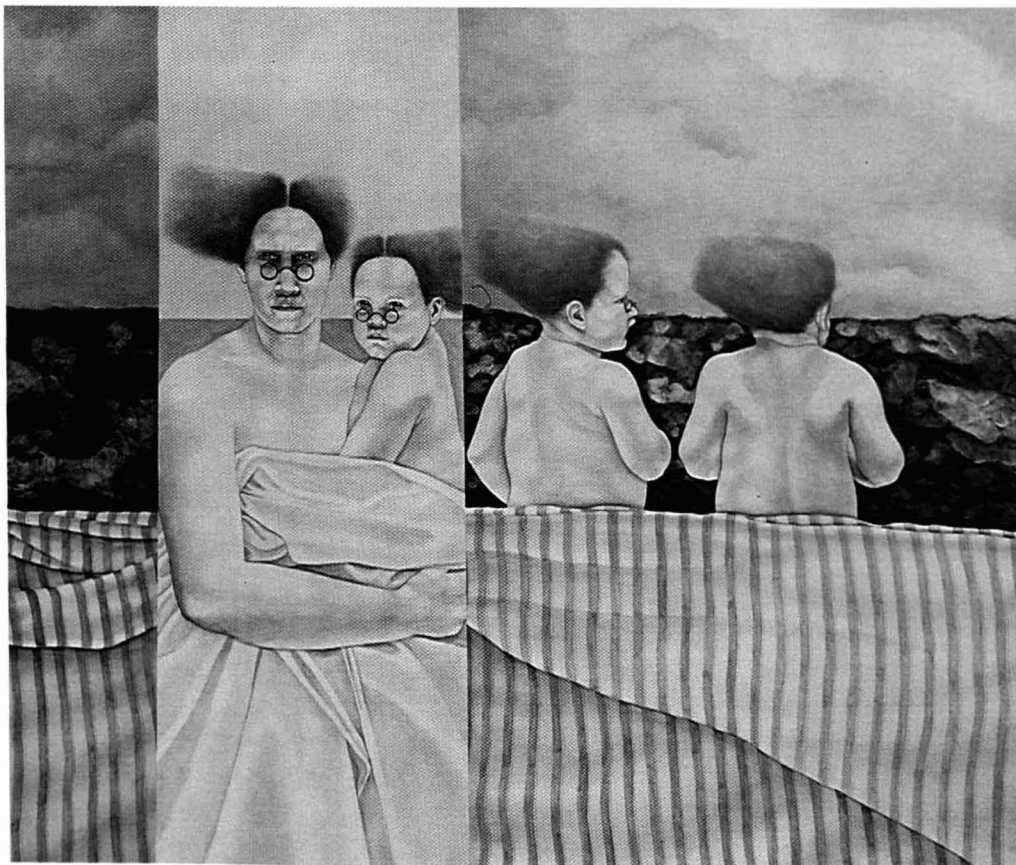
contraponen al retrato de nítida presentación, para hacer más dramática la afirmación de "desdibujar".

Hay pintores que exhiben una diestra capacidad para elaborar complicadas metáforas e intrincados conjuntos pictóricos. Walter Iraheta es un maestro de la síntesis. Es un creador oriental cuya paleta y simbología proceden estrictamente de Occidente, es decir, un caso insólito en nuestro medio: buceando en el vasto océano de los recuerdos, de su mundo occidental, compuso haikús de rígida métrica y de elaborada significación procedente de mares lejanos. Su espacio, euclidiano o no, es un espacio personal, paradójico y siempre sugerente que abate, como por arte de magia, las extrañas paradojas que surgen de él.

Pocos de sus personajes nos observan. No es extraño pues realmente sus seres viven en un espacio que sólo por pura casualidad se relaciona con el nuestro; por eso son cortos de vista. Su arte es matemático con amor, lírico en el silencio y escandaloso en su mutismo. Pero es Arte. ♦



*Mujeres
en el espacio,
1996,
acrílico/tela,
122 x 135 cm*



*Desde
el horizonte,
daguerrotipo,
1997,
acrílico/tela,
122 x 144 cm*

Fotos:
Walter Iraheta